

99

Identidades, afectos y disensos culturales

Nueva Antropología

• **Edith Calderón Rivera,** El amor: atisbos antropológicos • **Hilda María Cristina Mazariegos Herrera,** Estar fuera de lugar: reflexiones sobre la incomodidad para el estudio de las disidencias sexogenéricas de mujeres protestantes-evangélicas • **Marisol Vázquez Piñón / Ezequiel Bonilla Fuentes,** Los Telémacos del siglo XXI. La violencia que se ejerce contra las mujeres en la política: hallazgos del Registro Nacional de Personas Sancionadas • **Santiago Canevaro / Verónica Casas,** La virtualidad en la pandemia como espacio de intercambios, resistencias y resignificación de los derechos de las trabajadoras domésticas de Buenos Aires, Argentina • **Mercedes Campiglia Calveiro,** Ser resguardo para las identidades colectivas. Escuelas que preservan la cultura de sus pueblos • **Erica E. González Apodaca,** Educación comunitaria y proyecto etnopolítico: profesionales *ayuuk* de Oaxaca, México • **Carmen Leonor Aguilar Navarro / Irán Irais Rivera González / José Luis Punzo Díaz,** Aspectos arqueológicos, etnográficos e históricos del zapote. Su vínculo con la cosmovisión y cultura alimentaria de los grupos serranos prehispánicos de Durango • **Lourdes Raymundo Sabino,** "Esta zona para fulano, esta zona para zutano": el conflicto por el marqueo en el territorio comunal de San Juan Atzingo

VOL. XXXVI, NÚMERO 99, JULIO-DICIEMBRE 2023 ISSN 0185-0636

EL AMOR: ATISBOS ANTROPOLÓGICOS

Edith Calderón Rivera*

Resumen: A pesar de que gran parte de la antropología no le ha otorgado al amor una centralidad en sus etnografías, nuestra disciplina no ha sido indiferente a él; considero que podemos rastrear en algunas investigaciones etnológicas y etnográficas clásicas la forma en la que éste ha sido tratado. En el presente artículo exploraré las descripciones del amor de algunos autores representativos de la antropología, e indagaré si en torno a sus investigaciones existe el material que nos permita describir, ordenar, entender, clasificar o sistematizar los actos amorosos manifestados por las personas que son estudiadas en sus respectivas culturas.
Palabras clave: afectividad, sexualidad, antropología, etnografía, etnología.

Love: Anthropological Glimpses

Abstract: Although most of anthropology hasn't given love a focus in their ethnographies, this doesn't mean that it has been indifferent towards love and I believe that we can follow the trail in which love has been looked at in both ethnographic research and in classic ethnographies. In this article I will explore the descriptions of love from some of Anthropology's most representative authors and see there is material in their works, that allows us to describe, sort, understand, classify or systematize, the love acts from people that are studied inside their respective cultures.
Keywords: affectivity, sexuality, anthropology, ethnography, ethnology.

Entre los eslavos meridionales, la muchacha enamorada hace un hoyo en una de las improntas dejadas por el pie del hombre que ama y coloca en un tiesto la tierra que saca; después planta en el tiesto una caléndula, cuya flor creen no se marchita. Y si sus dorados capullos se abren, florecen y no se marchitan, el amor de su novio crecerá y florecerá del mismo modo y jamás se marchitará. Así, el conjuro de amor actúa sobre el hombre por intermedio de la tierra que él holló
(Frazer, 1981 [1922]: 70).

A Raúl, por la pasión infinita

* Profesora en el posgrado de Antropología Social, CIESAS Ciudad de México. Investigadora SNI. Correo electrónico: cr_edith@yahoo.com.mx

INTRODUCCIÓN

En la actualidad no deja de asombrarnos que la palabra amor sea reconocida en gran parte del mundo; incluso, en lugares en donde el concepto como tal no existe es factible encontrar un campo semántico que hace plausible construir alguna representación social o un imaginario amoroso. De hecho, podemos ubicar cierto sentido común compartido que nos permite intuir, identificar, desplegar, entender, comprender, o incluso, traducir gestos, miradas, así como las diversas expresiones y los actos de amor.

El amor también parece ser una constante en la historia de Occidente. Por dar un ejemplo desde la filosofía, Singer da cuenta, a lo largo de tres volúmenes, que van desde la antigüedad hasta la época actual, de la forma en la que el amor se ha manifestado en distintas épocas; en su obra nos enseña que los vínculos de amor —aun cuando han cambiado de sujetos, de seres o de objeto— invariablemente despiertan una idealización sobre las diversas formas de amor, un otorgamiento de valor y un sentido de aprecio a lo amado en donde, desde nuestra perspectiva, aparecen como constantes las emociones, las pasiones, los afectos o los sentimientos (Singer, 1992a, 1992b, 1992c). En ese contexto podemos decir que ya sea que se trate del amor como medio de comunicación generalizado (Luhmann, 1985), del amor a la justicia (Nussbaum, 2014) o del amor líquido (Bauman, 2003) —tan sólo por mencionar algunas de las investigaciones más serias—, cuando se aborda al amor se hace referencia al establecimiento de vínculos que involucran emociones.

En este trabajo intentaré encontrar los indicios del amor en obras de cuatro autores distinguidos de la teoría antropológica, dos del siglo XIX y dos del siglo XX. La elección de los autores en sí misma es resultado de una indagación que inicié hace casi treinta años en la literatura y en la teoría antropológica, tanto etnológica como etnográfica, respecto del trato implícito dado a las emociones en la antropología (Calderón, 2012). En ese contexto cabe señalar que este texto hace parte de un proyecto mayor en el que pretendo iniciar una aproximación a la forma en la que se ha tratado al amor en autores cásicos de la antropología y que hasta el momento no se había emprendido. Aun cuando los autores que he seleccionado no son los únicos antropólogos clásicos que han mencionado al amor en sus obras, he decidido iniciar con la mirada masculina, porque ésta será el punto de partida para abordar la complejidad de la mirada femenina en la que actualmente estoy trabajando.

Mi intención es abrir una nueva veta analítica que, pensando la discursividad antropológica plasmada en las descripciones etnológicas y etnográficas, nos permita adentrarnos en las formas en las que se ha descrito, imaginado y representado socialmente al amor, creando así un nuevo conocimiento a partir del estudio de la dimensión afectiva y de los universos emocionales que hacen parte del amor.

La pregunta que guía este artículo es: ¿cómo perciben y describen el amor Durkheim, Malinowski, Lévi-Strauss y Godelier en algunas de sus obras? Cabe señalar que nuestros autores se encuentran ubicados temporalmente entre el fin de la modernidad y el inicio del siglo XX. En ese sentido, a decir de Singer los teóricos del siglo XIX postulaban que el amor que existía entre un hombre y una mujer implicaba la sexualidad

y que en su conjunto hacía posible la felicidad de las personas, sin embargo, estos teóricos no describían los actos sexuales con libertad. Entrado el siglo xx tales restricciones se relajaron, no obstante, algunos autores hicieron énfasis en la dicotomía entre amor sensual y amor conyugal, que implicaba priorizar los deberes parentales antes que los placeres sexuales, mientras que otros intentaban armonizar lo sensual con el matrimonio. Ambas posiciones estaban atravesadas por el lugar que debía ocupar la concepción del amor romántico en los matrimonios (Singer, 1992c).

Así que las ideas de amor se nutrían de muy diversas narrativas. Tal como lo identifica Segato, el pensamiento de nuestros autores, así como el de otros antropólogos, no responde a un fundamentalismo, y su manera de percibir el amor tampoco escapa a ello. Como parte del proceso creativo, nuestros etnógrafos se nutrían de la filosofía, la teología y, deseo resaltar, del psicoanálisis de Freud. Finalmente recordemos que Durkheim, quien fue contemporáneo de Freud, se encontraba en un ambiente intelectual que le permite escribir *Las formas elementales de la vida religiosa* casi al mismo tiempo que Freud escribe *Tótem y tabú*, obras ubicadas en un contexto intelectual parecido y ambos autores preguntándose por los fundamentos que hacen posible la convivencia de los seres humanos (Segato, 2003: 86).

El presente escrito consta de cuatro partes: en la primera abordaré el amor en Durkheim poniendo atención en la alteridad, la identidad, la igualdad y la diferencia, que se requieren para establecer los vínculos amorosos. Posteriormente pretendo hacer evidente que para Malinowski, en primera instancia, el amor es visto como parte del sistema económico. En la tercera, el propósito es hacer notar hasta qué punto, para Lévi-Strauss, el amor y la intimidad son importantes en la sociedad de los nambikwara. En la cuarta parte me gustaría visibilizar el lugar que ocupa el amor en el contexto de la dominación masculina, a partir del análisis de los baruya de Godelier. Finalmente, a manera de conclusión, mostraré la presencia de recurrencias en la forma de registrar algunas expresiones y actos que los antropólogos han denominado como amorosos. El propósito de este ensayo consiste en develar los atisbos descritos en sus investigaciones, aun cuando nuestros autores lo hayan hecho con propósitos ajenos a lo estrictamente emocional, con cierta timidez o disimulo.

ALTERIDAD: DE LAS PASIONES AL AMOR

Resulta fascinante que Durkheim, considerado un importantísimo precursor de la antropología, en algunos de sus textos dilucide sobre el amor. En *El suicidio* de1897 (1999), nuestro pensador alsaciano, para dar cuenta estadística de la au-

todestrucción, requiere del amor; éste es concebido por él de diversas formas, la más evidente puede ubicarse como categoría para analizar los porcentajes de suicidio en los distintos países. Resulta relevante, para fines de la presente disertación, que al hacerlo también nos deja entrever implícitamente ciertas coincidencias en la manera en la que se concebía el amor en distintos países. Así, establece una clasificación de *tipos* distintos de amor: amor, amor paterno, amor filial, amor propio, amores desgraciados, amor contrariado y amor celos-envidia. Los ubica como recurrentes en diversas regiones y los utiliza para sumarlos a las explicaciones frágiles de lo que propician los suicidios en ciertos países.

También nos permite apreciar dos universos simbólico-emocionales globales respecto del amor: uno —con valencia positiva— conformado por el amor, el amor filial, el amor paterno y el amor propio, y otro —con valencia negativa—: el amor desgraciado, el amor contrariado y el amor-celos que son los que se encuentran en las posibles causas del suicidio. De modo que un universo emocional con valencia positiva resulta ser proclive a generar los vínculos que posibilitan la vida en sociedad, mientras que el otro, de valencia negativa, hasta puede propiciar la muerte.

En ese mismo texto propone que la *finalidad* del amor en las parejas casadas consiste en regular la vida pasional, ya que la pasión es un vestigio que la humanidad conserva del reino animal. Lo que hace diferente al ser humano de los animales es una reglamentación de las relaciones sexuales. Por consiguiente, el ser humano en el proceso evolutivo, al haberse desprendido parcialmente de sus necesidades corporales orgánicas y sexuales, ha sido habilitado para la creación de las razones morales y de las intelectuales que lo predisponen para amar a alguien definido. Nuestro autor piensa que, a diferencia de los animales, al no haber algo orgánico en el ser humano que module las relaciones sexuales entre hombres y mujeres, las relaciones monógamas se explican porque "[...] al obligar al hombre a unirse a una única mujer, siempre la misma, asigna la necesidad de amar a un objeto rigurosamente definido y cierra el horizonte" (Durkheim, 1999 [1897]: 235). Entonces, el *amor es producto* del proceso evolutivo y cultural; amamos monógamamente porque hay una predisposición racional tanto moral como intelectual de la que carecen los animales que son promiscuos, que están fuera de la cultura y dentro del orden de la naturaleza.

Por otra parte, en su libro *La división del trabajo social* señala que para que los hombres se reconozcan y aseguren sus derechos: "hace falta en primer lugar que se amen, que por cualquier razón sientan apego unos a otros y a una misma sociedad de la que forman parte" (Durkheim, 1999 [1897]: 107). También describe las causas

que motivan los vínculos amorosos de los seres humanos y nos deja ver las razones que propician un acto aparentemente contradictorio del amor; la búsqueda de alguien diferente pero semejante que nos complementa. La atracción sexual sólo se hace sentir entre individuos de la misma especie:

> [...] el amor supone, con bastante frecuencia, una cierta armonía de pensamientos y sentimientos. No es menos cierto que lo que da a esa inclinación su carácter específico y lo que produce su particular energía no es la semejanza, sino la desemejanza de naturalezas que une. Por diferir uno de otro, el hombre y la mujer, es por lo que se buscan con pasión. Sin embargo [...] no es un contraste puro y simple el que hace surgir esos sentimientos recíprocos: sólo diferencias que se suponen y se completan pueden tener esta virtud. En efecto, el hombre y la mujer, aislados uno de otro, no son más que partes diferentes de un mismo todo concreto que reforman uniéndose. En otros términos, la división del trabajo sexual es la fuente de la solidaridad conyugal [...] es lo que ha hecho posible la más fuerte quizá de todas las inclinaciones desinteresadas (Durkheim, 1999 [1897]: 55). [Los corchetes son del autor del presente artículo.)

A partir de lo antes dicho, podemos visibilizar elementos que nos permitirían hacer una reflexión de un tópico que es clásico en la antropología, pero que con respecto al amor no se ha analizado: el lugar que tiene la semejanza y la diferencia, es decir, la identidad y la alteridad en el establecimiento de los vínculos amorosos. Durkheim discurre respecto a un cuestionamiento que perdura en la actualidad: ¿amamos a los que piensan y sienten como nosotros, a quienes nos son similares? o ¿amamos a quienes son distintos? Nuestro autor decimonónico, al analizar la forma de ser de los sujetos, postula que tanto la semejanza como la desemejanza pueden ser la causa de la atracción amorosa y que debe haber una complementariedad de ambas. Abunda:

> Sin embargo, no bastan para producir este efecto cualquier clase de desemejanzas. No encontramos placer alguno en encontrar en otro una naturaleza simplemente diferente de la nuestra. Los pródigos no buscan la compañía de los avaros, ni los caracteres rectos y francos la de los hipócritas y solapados; los espíritus amables y dulces no sienten gusto alguno por los temperamentos duros y agrios. Entonces, las diferencias de cierto tipo tienden la una hacia la otra; son las que, en lugar de oponerse y excluirse, se complementan mutuamente (Durkheim, 1999 [1897]: 53 y 54).

La cita anterior, que nos sumerge en los complejos cauces del deseo que nos llevan a los mares del placer, nos señala un camino para

explorar la alteridad y la identidad, la diferencia y la igualdad; al unísono sienta un precedente que hace posible entrever el tabú que se encuentra interiorizado en muchos de nosotros y que designa que no amamos a los que son completamente diferentes a nosotros ni a los que son exactamente iguales. Por tanto, paradójicamente, amamos a quien se nos parece porque piensa y siente como nosotros, porque es semejante, pero también queremos a quien no se nos parece; empero, la desemejanza no debe sobrepasar ciertas reglas que implicarían la prohibición de sentir placer al establecer los vínculos si existe una gran diferencia de pensar y de sentir entre sujetos; por ello, el pródigo y el avaro no se atraen como tampoco se enamoran los espíritus agrios de los dulces. En síntesis, para Durkheim se debe buscar la completud y la armonía.

A partir de lo anterior, quisiera construir una definición en función de lo que Durkheim postula. El amor permite la vida en sociedad, pues para que ésta exista hace falta que los hombres se amen, que sientan un apego mutuo. El amor que se presenta en un matrimonio es la más fuerte de las inclinaciones desinteresadas de los seres humanos, que supone con frecuencia cierta armonía de pensamientos y sentimientos recíprocos entre parejas. El amor puede ser visto como el resultado del proceso evolutivo. Tiene una finalidad que es regular la vida sexual y pasional. Produce placer entre los sujetos que lo experimentan. Existen diversos tipos de amor: el amor que hace posible la vida en sociedad, el paterno, el amor filial, el amor conyugal, el amor propio, el amor desgraciado, el amor contrariado, el amor celos-envidia; éstos se presentan de forma recurrente en distintos lugares del mundo. El amor que es el producto de la unión de sujetos sexualmente diferentes, hace posible que el todo social se rehaga y se transforme.

DEL *KULA* Y LOS SISTEMAS ECONÓMICOS A LA MAGIA DEL AMOR

Bronislaw Malinowski, de origen polaco, es un conocido precursor de la antropología británica que a decir de muchos inauguró el trabajo de campo antropológico. Publicó en 1922 *Los argonautas del Pacífico occidental...*, etnografía sobre los trobriandeses (1986), que es resultado de su trabajo de campo realizado en Nueva Guinea durante tres años, de 1915 a 1918. Aunque su objetivo en ese clásico de la antropología fue estudiar el *kula*, es decir, el sistema de intercambio económico que practicaban distintos pueblos de Nueva Guinea, en sus registros sobre las costumbres y la magia de los nativos de las islas Trobriand nos permite visibilizar el lugar que ocupa el amor en esa sociedad. Según el autor, la magia es de suma importancia para ellos; todo lo que afecta a estos indígenas de manera vital va acompañado

de un acto mágico; los momentos críticos de la vida como el miedo ante el peligro, el despertar de las pasiones o de emociones fuertes, tienen su acompañamiento mágico y el amor no es la excepción; las pasiones amorosas cuentan con una magia compleja que se expresa en ritos y conjuros que propician los éxitos de la vida sexual (Malinowski, 1986 [1922]: 384-385).

El autor en un primer momento nos deja ver el fuerte vínculo que tienen las prácticas de la sexualidad con el amor y la relación de la naturaleza con ambos. En síntesis, la magia es el resultado del intento del hombre por gobernar las fuerzas de la naturaleza a través de su conocimiento y su práctica: "Todas las actividades económicas tienen su magia; el amor, la salud de los niños, las habilidades naturales y los oficios, la belleza y la agilidad, todo puede incrementarse o anularse por la magia" (Malinowski, 1986 [1922]: 86).

El autor describe minuciosamente al *kula*, que es el sistema de intercambio ritual más importante para los indígenas y que es también un sistema mágico. Existe una rama de la magia *kula* que tiene dos contrapartidas entre los trobriandeses: una es la magia del amor, por la cual la gente se vuelve atractiva e irresistible; la creencia en sus conjuros es tal que un individuo siempre atribuye su éxito amoroso a su eficacia. El otro tipo, que es muy parecido a la magia del amor del *kula*, es la magia específica de la belleza que se practica antes de las grandes danzas y festividades (Malinowski, 1986 [1922]: 331). Indudablemente, el esfuerzo, el trabajo y el empeño particular de las personas para lograr sus metas es importante, pero el lugar que ellos otorgan a la magia en los resultados que se logran es preponderante y los hechizos amorosos son una clara muestra de ello. El autor apunta que a pesar de que los sujetos se conciben como feos, ellos piensan que su buena magia los convierte en sujetos deseables y bellos para poder ser amados.

> La importancia de una cara y una figura hermosas, de adornos, del maquillaje y de los buenos perfumes se reconocen como un valor atractivo, y sin embargo, casi todos los hombres atribuyen sus éxitos a la perfección de su magia amorosa. La fuerza de la magia se considera como algo independiente, y que incluso sobrepasa el poder de todos los demás encantos personales (Malinowski, 1986 [1922]: 410).

Para Malinowski, la profunda creencia en la eficacia de la magia tiene una poderosa fuerza psicológica en esa cultura. Un conjuro, por ejemplo, otorga seguridad e influye en el comportamiento y en la apariencia de las personas.

El amor, en principio, puede ser visto como una actividad económica que implica cierto intercambio. Como el amor tiene que ver con las relaciones sexuales, el antropólogo polaco califica a los indígenas como

seres de *costumbres relajadas* debido a que los comportamientos que él registra son diferentes a los de la sociedad victoriana de la que proviene. La percepción del autor es que las tramas, es decir, las relaciones amorosas, no son gratuitas, cuestan, es decir, siempre implican pagos por parte de los hombres hacia las mujeres.

> El amor desinteresado es completamente desconocido por estas gentes de costumbres sexuales relajadas. Cada vez que una muchacha concede favores a su amante, inmediatamente recibe algún pequeño regalo. Éste es el caso de las intrigas normales que suceden en la aldea todas las noches entre muchachas y muchachos solteros y también en otras ocasiones ceremoniales de relajo [...] Unas cuantas nueces de areca, un poco de pimienta de betel, algo de tabaco, unos anillos de concha de tortuga o discos de espóndilos, tales son los signos de gratitud o aprecio que nunca omiten los jóvenes. Una muchacha atractiva no necesita privarse de estos pequeños lujos de la existencia (Malinowski, 1986 [1922]: 187).

No obstante, tal como acabamos de ver, parece que Malinowski también hace notar que estos actos, además de intercambios económicos, son vistos como signos de *gratitud o aprecio.*

En 1932, en otra de sus obras, *La vida sexual de los salvajes del noreste de la Melanesia,* también hizo alusión al amor y postuló que tanto la capacidad de amar y las experiencias que tenían sobre el amor los hombres melanesios, eran similares a las que vivía el hombre europeo civilizado; el amor que es una fuerte emoción, a decir del autor, también:

> [...] es una pasión, un tormento corporal y espiritual más o menos grave, que concluye para muchos en un *impasse*, un escándalo o una tragedia; más raramente ilumina la vida y llena el corazón de una alegría desbordante (Malinowski, 1975 [1932]: 221).

De esta manera, Malinowski, al reseñar el amor entre los indígenas, nos deja entrever su propia concepción de dicho sentimiento y muy probablemente su propia experiencia de desamor. En esa misma obra describe un ritual mágico: un hechizo de amor para encantar y propiciar que una mujer se enamore de un hombre que la desea; el embrujo que el hombre hace va dirigido específicamente al lugar del cuerpo donde se sitúan las emociones que dictan el amor y que en este caso es el vientre de la mujer; al efectuar este sortilegio pretende producir en la mujer sueños de ternura hacia el hombre que lo realiza para hechizarla.

> Si un joven se enamora de una mujer que no le corresponde, él recurre a la magia. El enamorado, con el fin de ser bello y atrayente se prepara

> para bañarse en el mar; lo hace recolectando hojas de ciertos arbustos que envuelve en una hoja grande y después de bañarse con ese atado y de decir conjuros que invocan por la obtención de su belleza las avienta en el mar; así, con el vaivén de las olas que suben y bajan de la misma forma las hierbas lo harán y éstas serán similares al palpitar del corazón en el interior de la mujer amada (Malinowski, 1975 [1932]: 269-271).

La magia erótica origina el amor, lo que implica una fuerza de atracción, un encanto misterioso y la obsesión de un deseo único hacia una persona. Pero la magia erótica también puede ser peligrosa, ya que puede llevar a los sujetos a cometer incesto, lo que puede desembocar en suicidios o muertes (Malinowski, 1975 [1932]: 376 y 377).

Malinowski, al hablar sobre las relaciones de afecto personal, señala la diferencia que puede existir entre la cultura de la que él proviene con respecto a las costumbres de los trobiandeses. El amor en ambas culturas surge por la belleza y la personalidad del otro, pero los efectos son distintos; por ejemplo, al decir de nuestro autor, en las culturas superiores como la occidental, de la que él proviene, existen barreras que involucran la idealización de la mujer y que impiden una intimidad sexual rápida con la mujer amada; de este modo, en una relación amorosa primero hay *simpatía*, que se transforma en amor reciproco, lo que propicia un noviazgo y posteriormente da lugar al matrimonio. Si bien es cierto que las pasiones naturales llevan a las parejas a romper las reglas sociales y morales, no obstante, el amor verdadero no busca la satisfacción inmediata del deseo sexual, sino que neutraliza lo sensual que hace parte de todo amor dotándolo de un *afecto espiritual* (Malinowski, 1975 [1932]: 237).

Así que el trobriandés, a diferencia del occidental, no sigue caminos indirectos ni procura entablar relaciones personales para tener relaciones sexuales; pide directamente lo que quiere; no obstante, también nos permite adentrarnos en el aprendizaje de actitudes románticas entre los indígenas, que incluyen la enseñanza y el cultivo de sentimientos como la simpatía o de emociones como el cariño, que se trasmiten e inculcan a los niños, lo que posibilita una práctica que acompaña a los sujetos a lo largo de su vida:

> Aunque el código social no favorece los amores novelescos, los elementos románticos y el afecto personal no faltan del todo en las relaciones prenupciales y la vida conyugal propiamente dicha de los trobriandeses [...] Las *simpatías* nacidas de este modo son, con frecuencia, muy profundas. Por algunos de mis amigos supe que su matrimonio se había originado en un *cariño* de infancia (Malinowski, 1975 [1932]: 239). [Las cursivas son del autor del presente artículo.)

Sin embargo, como bien señala, el amor también acarrea tragedias;

en el apartado donde hace alusión a los casos de incesto nos deja asomarnos a lo que llama el castigo supremo. Narra la historia de un varón llamado K'mai, que tenía una relación amorosa con la hija de la hermana de su madre, lo que estaba prohibido porque significaba cometer incesto. A pesar de que esa relación incestuosa era pública, su carácter ominoso sólo se ve materializado hasta el momento en el que se grita en el pueblo la falta y son nombrados los involucrados. De este modo, pasado un tiempo, el prometido de la muchacha con la que se cometió el incesto expresó a gritos que el indígena K'mai había cometido incesto y acto seguido pronunció el *nombre* de la muchacha. Expresar a gritos los nombres y las acusaciones se considera un gran insulto y es visto como la ofensa más grande. Fue después de ese evento que K'mai se lanzó de lo alto de un árbol y se suicidó, mientras que la muchacha tuvo las nupcias con su prometido y vivió feliz (Malinowski, 1975 [1932]: 293).

El autor nos muestra un sistema de regulación de la sexualidad, pero al hacerlo nos deja entrever un sistema de regulación de las relaciones amorosas. Nos habla de tres fases de la vida amorosa que corresponden con el desarrollo de los sujetos: la primera es la de los niños, la segunda es la de los hombres y mujeres jóvenes, y la tercera la de los ancianos. Los niños empiezan a jugar y al hacerlo mezclan lo romántico con lo sexual, ya que reproducen el comportamiento de los hombres y las mujeres maduros. Los hombres y las mujeres jóvenes que han dejado atrás la niñez y con ello el periodo intermedio de amor libre sin una pareja sexual definitiva, comienzan a generar lazos que serán permanentes con sus parejas verdaderas con las que dormirán siempre; el dormir para siempre implica para ellos un vínculo y una relación muy importante y respetuosa (Malinowski, 1975 [1932]: 87-101).

Recordemos que la magia es fundamental para los trobriandeses y es el resultado del intento por gobernar las fuerzas de la naturaleza a través de su práctica. Así, con la magia del amor se puede conquistar al ser amado, pero con los hechizos también es plausible establecer una relación amorosa prohibida e incestuosa que puede terminar en tragedia, como lo vimos en el caso del suicidio.

En este punto quisiera sugerir que las características del amor para los trobriandeses, a partir de lo que culturalmente nos traduce Malinowski, serían que: el amor afecta a los hombres de manera vital. Existen tres fases en el desarrollo de la vida amorosa y sexual entre ellos, que inicia con la niñez, en donde los pequeños imitan los comportamientos de los mayores, de los jóvenes, de los adultos y de los viejos. Su práctica implicará la creación de una pareja *verdadera* con la que no sólo se mantendrán relaciones sexuales, sino que permitirá encontrar

la persona con la que se dormirá para siempre y eso involucra sentimientos de gran respeto. El amor es visto como una actividad económica y por lo tanto tienen su propia magia para que funcione. Para ellos es importante ser atractivo e irresistible a efecto de tener el amor y por ello recurren a su magia.

A decir de Malinowski, la concepción del amor es similar entre los trobriandeses y entre los occidentales, y en ambos tiene una valencia tanto positiva como negativa; es definido por el autor como una fuerte emoción, una pasión, un tormento corporal y espiritual más o menos grave. Muchos destinos del amor quedarán en suspenso; existe una incertidumbre latente en él. Puede ser un escándalo y puede terminar en tragedia. El amor raramente ilumina la vida y llena el corazón de una alegría desbordante.

LAS INCIPIENTES ESTRUCTURAS ELEMENTALES DEL AMOR

En 1955 es publicado el singular libro de Lévi-Strauss, *Tristes trópicos,* texto que narra sus experiencias de campo de los años treinta en varias sociedades de la selva amazónica. Se ha afirmado que este manuscrito da luz para apreciar la obra de nuestro eminente antropólogo y que tiene un lugar muy importante en la literatura etnográfica de todas las épocas, no sólo por la descripción de sus experiencias de campo, sino por la impronta de melancolía y de sentimientos que el distinguido portavoz de la antropología estructural evoca en ella.[1]

Entre otros muchos asuntos, el autor aborda el tema de la familia entre los nambikwara y, al hacerlo, sorpresivamente, se toma el tiempo para describir expresiones y experiencias del amor entre el grupo que tiempo atrás le permitió elaborar su primera etnografía. En *Tristes trópicos* nos deja asomarnos a lo que significa hacer el amor para los nambikwara y lo que este acto propició en el grupo; también nos permite sumergirnos en las implicaciones y las representaciones de las relaciones sexuales, haciendo notar que hacer el amor entre parejas de sexos opuestos involucra no sólo a la pareja formada por un hombre y una mujer, sino también al resto de la sociedad:[2]

[1] Hay que hacer notar que en otro texto donde se compilan imágenes de su trabajo de campo se puede apreciar la melancolía que suscitan dichas imágenes en el autor (Lévi-Strauss, 1992).

[2] Cabe señalar que no es en el libro de *Tristes trópicos* la primera vez que el autor reflexiona sobre los nambikwara. A finales de 1947, Lévi-Strauss regresa de Estados Unidos a París para defender su tesis doctoral. Para ello presenta dos trabajos: *Les structures élémentaires de la parenté* como tesis principal y *La vie familiale et sociale des Indiens nambikwara* como tesis complementaria, ambos sustentados en mayo de 1948 (Olavarría, 2012: 29). Podría decirse que es años antes y en la ciudad de Nueva York donde Lévi-Strauss comenzó la escritura de su primer libro etnológico que es sobre los nambikwara (Olavarría, 2012).

> La actividad nambikwara hacia las cosas del amor puede reducirse a su fórmula: *tamindige, mon-dage*: hacer el amor es bueno [*faire l'amour c'est bon*]. He hecho notar la atmósfera erótica que impregna la vida cotidiana. Los asuntos amorosos retienen en grado máximo el interés y la curiosidad indígenas; están ávidos de conversaciones sobre el tema, y las observaciones intercambiadas en el campamento están llenas de alusiones y de sobreentendidos. Las relaciones sexuales habitualmente tienen lugar durante la noche, a veces cerca de las fogatas del campamento; más a menudo, la pareja se interna unos cien metros en el matorral circundante. La desaparición es notada inmediatamente y todos se llenan de júbilo; se intercambian comentarios, se dicen bromas, y hasta los niños comparten una excitación de la que conocen muy bien la causa. A veces un grupito de hombres, mujeres jóvenes y niños, se lanzan en seguimiento de la pareja y, a través del ramaje, acechan detalles de la acción, cuchicheando entre ellos y ahogando sus risas (Lévi-Strauss, 1998: 309 [1955: 335])

Hasta donde podemos apreciar, entre los nambikwara hacer el amor es algo bueno, es decir, las relaciones sexuales entre una pareja implican estados anímicos positivos compartidos socialmente, llenan de alegría y de júbilo a la sociedad, incluyendo a los niños, a quienes no se les margina de tales hechos y que viven con gran emoción el evento.

A pesar de que, para Lévi-Strauss, los sentimientos y las emociones corresponden al lado más oscuro del ser humano y son secundarios, e incluso posteriores y subordinados al intelecto o al pensamiento, tal como nos lo deja ver en *El totemismo en la actualidad* (1971 [1962]) y en *El hombre desnudo* (1983 [1971]), nuestro autor también aclara que no desconoce la importancia de la vida afectiva; no obstante, su estudio no le compete al antropólogo.

Sin embargo, resulta difícil no ver la importancia de lo emocional en la reflexión sobre la intimidad entre los nambikwara que relata décadas antes; en ella nos devela que hacer el amor involucra algo más que la cópula y el acto sexual. Al proporcionarnos una explicación de la ausencia de las erecciones de los hombres al estar cerca de las mujeres, va más allá de lo natural, lo biológico, lo fisiológico, incluso de lo que se esperaría en la sociedad occidental de la que proviene, ya que en su narrativa se expresa una sorpresa por la diferencia en las reacciones de los hombres entre ambas sociedades. Así, al hablar de la frecuencia y la ausencia de las erecciones de los hombres cuando se encuentran cerca de las mujeres, detecta que son poco frecuentes, pero, aunque responsabiliza al temperamento indígena de ello, nos deja ver que el placer que se experimenta al

estar cerca de ellas, se ubica más en un ámbito sentimental.

> En el curso de los juegos amorosos a los que se libran las parejas, tan de buen grado y tan públicamente, y que son a menudo audaces, nunca he notado un comienzo de erección. El placer buscado parece menos de orden físico que lúdico y sentimental. Quizá por esta razón los nambikwara han abandonado el estuche peniano, cuyo uso es casi universal entre los pueblos del Brasil central. En efecto, es probable que este accesorio tenga por función, si no la de prevenir la erección, por lo menos la de poner en evidencia las disposiciones apacibles del portador. Pueblos que viven completamente desnudos no ignoran lo que nosotros llamamos pudor: trasladan el límite (Lévi-Strauss, 1998 [1955]: 310).

La cita anterior es una muestra de cómo las relaciones sexuales no se agotan o se centran en la genitalidad, sino que el amor implica el placer e involucra los sentimientos lúdicos de alegría, así como afectos positivos que propicia la cercanía. Cabe aclarar que las relaciones amorosas y sexuales no se restringen a las parejas que forman el matrimonio de un hombre y una mujer; a diferencia de la cultura francesa y occidental de la que proviene nuestro autor, entre los nambikwara existe prescrita la poligamia, la posibilidad de tener varias esposas es privilegio y prerrogativa de los jefes y los brujos, además de ser también una compensación moral y sentimental que le ayuda al jefe a cumplir sus abrumadoras obligaciones.

Un jefe es alguien confiable; su generosidad lo distingue; debe disponer de excedentes de alimento, herramientas, armas y adornos para repartirlos entre las familias o la banda. Él será responsable de la dirección de su banda durante los meses que dura la vida nómada. También dirigirá las expediciones de caza, pesca, recolección y señalará la política frente a los grupos vecinos. De ser necesario, marcará el tiempo y el lugar de la vida sedentaria, y estará al frente de los trabajos de la huerta entre muchas otras tareas. La poligamia, que es su recompensa, es actuada de forma poco común, ya que no consiste en sentido estricto en un matrimonio plural, sino que es un matrimonio monogámico en el que la primera mujer desempeña el papel habitual de los matrimonios comunes. Ella cuida los niños, se ocupa de la cocina y recolecta los productos silvestres respetando las reglas estrictas de la división sexual del trabajo entre hombres y mujeres. Por su parte, las otras esposas son mujeres que pertenecen a una generación más joven y son tratadas y nombradas por la primera esposa como hijas o sobrinas que, a diferencia de ella, participan de las ocupaciones tanto masculinas como femeninas. Estas otras esposas:

> En el campo, desdeñan los trabajos domésticos y permanecen ociosas, ya jugando con los niños, que de hecho son de su generación, ya acariciando a su marido; mientras tanto la primera mujer se afana alrededor del hogar y la cocina. Pero cuando el jefe parte en expedición de caza o de exploración —o a cualquier otra empresa masculina—, sus mujeres secundarias lo acompañan y le prestan asistencia física y moral. Esas muchachas con aspecto de jovencitas, elegidas entre las más bonitas y sanas del grupo, son para el jefe amantes más que esposas. Vive con ellas en una camaradería amorosa que presenta un notable contraste con la atmósfera conyugal de la primera unión (Lévi-Strauss, 1998 [1955]: 336).

En este sentido, las esposas tienen posiciones diferentes en el sistema familiar y gozan de diversos privilegios dependiendo del lugar que ocupan en la estructura social, en donde se promueve una especie de sistema amoroso armonioso, cordial y amigable que se complementa.

Sobre los vínculos amorosos que se juegan y la ausencia de conflicto por el reconocimiento de la autoridad y el respeto que existe entre las esposas en el caso de los matrimonios poligámicos, el autor apunta que:

> Las mujeres viven habitualmente en muy buena relación, y aunque la suerte de la primera parezca a veces ingrata (trabaja mientras oye a su lado las carcajadas de su marido y de sus pequeñas amantes, y hasta asiste a los más tiernos retozos), no manifiesta mal humor. Esta distribución de los papeles no es, en efecto, ni inmutable ni rigurosa, y a veces, aunque con menos frecuencia, el marido y su primera mujer también juegan; ella no está de ninguna manera excluida de la vida alegre. Además, su menor participación en las relaciones de camaradería amorosa está compensada por una mayor *respetabilidad* y cierta autoridad sobre sus jóvenes compañeras (Lévi-Strauss, 1998 [1955]: 337).

Pero, entre los nambikwara la poligamia tiene costos en la vida del grupo. El privilegio de los jefes provoca un desequilibrio entre los matrimonios. Los hombres, como consecuencia de la ausencia de mujeres jóvenes, se mantienen solteros durante años y muchas veces su destino es casarse con viudas o mujeres viejas que han sido repudiadas por otros maridos. Al respecto, podemos suponer que en estos últimos casos los matrimonios no implican necesariamente relaciones de amor en un principio.

Las consecuencias de este desequilibrio que propicia la poligamia, no sólo se ejemplifican con los casos anteriores; de hecho, los nambikwara tienden a establecer relaciones homosexuales para solucionar las dificultades que ella acarrea y que denominan:

> [...] poéticamente *tamindige kihandige,* es decir, "el amor mentira". Esas relaciones son frecuentes entre los jóvenes y se desarrollan con una publicidad mucho mayor que las relaciones normales. Los participantes no se retiran al matorral como los adultos de sexos opuestos. Se instalan cerca de una de las fogatas del campamento bajo la mirada divertida de los vecinos. El incidente da lugar a bromas, generalmente discretas. Esas relaciones son consideradas infantiles y casi no se les presta atención. Queda por saber si esos ejercicios van hasta la satisfacción completa o si se limitan a efusividades sentimentales acompañadas de juegos eróticos, tales como los que caracterizan, en amplia medida, las relaciones entre cónyuges (Lévi-Strauss, 1998 [1955]: 337).

Esta homosexualidad, que al parecer no necesariamente involucra el acto sexual, es permitida sólo entre adolescentes, donde uno de ellos está destinado a ser el esposo de la hermana del otro, y en ese contexto el hermano, en realidad, es provisionalmente un sustituto, así que el amor mentira queda entre familia:

> Cuando uno pregunta a un indígena acerca de los contactos de ese tipo, la respuesta es siempre la misma: "Son primos (o cuñados) que se hacen el amor". En la edad adulta, los cuñados siguen manifestando una gran libertad. No es raro ver a dos o tres hombres, casados y padres de familia, paseándose por la noche, tiernamente abrazados (Lévi-Strauss, 1998 [1955]: 337).

Podemos observar que entre los nambikuara no existe un tabú entre los hombres para expresar, entre sí, muestras de cariño y afecto; contrariamente, tales actos muestran la solidez de los vínculos de parentesco que existen entre ellos.

A esta altura me gustaría recapitular los hallazgos que encontramos en la descripción de Lévi-Strauss. Para los nambikwara, el amor tiene una valencia positiva, ya que es algo muy relevante; es bueno a tal punto que existe una atmósfera erótica en la sociedad; hacer el amor despierta jubilo, alegría, retozos, risas, placer, ternura, abrazos y buen humor. El placer, además de involucrar la sexualidad, implica lo lúdico y lo sentimental. De lo descrito por nuestro autor podemos inferir la existencia de un sistema amoroso que, analíticamente, podría incluir, en primer lugar, las relaciones de pareja entre hombre y mujer. En segundo lugar, la relación de amor entre un hombre y varias mujeres, que es propiciada por la poligamia, lo que implica no sólo la camaradería amorosa y la armonía, sino que el amor adquiere un valor muy grande, ya que hace posible la vida del grupo; va más allá de la compensación por los bienes materiales o de la recompensa por el prestigio de los

jefes. En realidad, la generosidad del jefe es retribuida de forma simbólica con el amor, el cariño y el afecto, no de una sino de varias mujeres.

Este hallazgo hace posible una lectura que abona respecto de lo que Lévi-Strauss hace notar cuando señala el valor excepcional que tienen las mujeres en las sociedades; ellas se convierten en algo no sólo doblemente significativo —por la procreación de nuevos sujetos y por los aportes en el nivel de la economía—, sumando a ello y posiblemente lo más importante para nosotros y para los nambikwara, por el amor que en potencia ellas portan. En tercer lugar, se encuentra el amor de mentira o la homosexualidad que se practica con el hermano de la mujer con la que se contraerá matrimonio en un futuro. Esta sustitución temporal, aun cuando no es calificada como amor real, crea paradójicamente sentimientos de ternura y vínculos que permanecen toda la vida entre dos hombres. Cabe señalar que el vínculo importante, en términos del parentesco, finalmente es con las mujeres y que sus hermanos son sólo intermediarios; los hombres son un medio para llegar a un fin; el bien más valioso e irremplazable son las mujeres. Finalmente colocaría al desamor con una valencia negativa en los matrimonios entre hombres jóvenes y mujeres viudas o viejas que han sido despreciadas por otros varones.

DE LA DOMINACIÓN MASCULINA AL AMOR HACIA LAS MUJERES

Otro ejemplo que permite apreciar la complejidad del amor en una cultura es la que nos presenta Godelier en su etnografía sobre los baruya de Nueva Guinea. Aunque su trabajo se centra en analizar los rituales de iniciación masculinas y femeninas para mostrar cómo se instituye y legitima la dominación de los hombres sobre las mujeres (Godelier, 2011 [1982]: 96), también nos muestra aspectos de relaciones sexuales y amorosas. Para el sentido común, el hablar de la dominación masculina, en un primer momento, nos remitiría a ideas que implican sometimiento y violencia; no obstante, sorprendentemente, Godelier hace alusión en su etnografía al amor de una madre y un hijo. La madre para los baruya es la primera mujer en su vida, es *dulzura* y *afecto*, pero paradójicamente, es sólo en contra de ella que el joven llegará a ser un hombre. La relación entre un varón casado y su anciana madre es reservada y de respeto; no es agresiva. Posiblemente uno de los hallazgos más valiosos y asombrosos de la importancia del amor en este grupo es el que ubicamos en su mito de origen, ya que para que fuera posible la vida, la madre debió hacer el amor con su hijo; de este modo, a partir del desorden se fundó el orden y se instauró la prohibición del incesto (Godelier, 2011 [1982]: 182).

Por su parte, cabe hacer notar que las relaciones entre hombres y mujeres que viven en matrimonio son también de cariño y afecto:

> [...] hay muchos maridos entre los baruya que tratan a su esposa con cariño, y hay muchos jóvenes que se mueren de amor por una muchacha y consiguen casarse con ella, y también hay muchas jóvenes que, deseando a un hombre, terminan por casarse con él. Las muchachas, en efecto, saben desde muy jóvenes quién es el hombre con el que se van a casar y tratan de ver furtivamente en un jardín o en el bosque. Ríen sus bravatas y comentan con sus compañeras lo que han visto. Poco a poco se van acostumbrando así a la idea de llegar a ser sus esposas (Godelier, 2011 [1982]: 96).

Con lo anterior, el autor nos deja entrever que el amor, el cariño y el deseo son sentimientos y estados anímicos que comparten sin distinción hombres y mujeres, y que las relaciones sexuales tienen como un antecedente o un principio implícito el amor. Más adelante, al describir las relaciones que establecen los hombres con las diferentes mujeres de su vida, Godelier nos muestra, primero, una clasificación de ellas a partir de las interacciones que establecen con ellos, así como los diversos tipos de universos emocionales que son característicos de esos vínculos particulares con hermanas, esposas, hijas y madres:

> De hecho, todas estas mujeres se clasifican en relación a un hombre en dos grupos: el de aquéllas con las que tiene relaciones profundamente positivas de mutua ayuda y afecto, y con las que no tienen lugar disputas ni estallidos de violencia, y que son sus hermanas, sus tías maternas y paternas, sus primas paralelas y cruzadas y las hijas de sus hermanas. Y el de su esposa o esposas, sus hijas, las hijas de sus hermanos (y virtualmente las esposas de sus hermanos, puesto que las heredará cuando éstos fallezcan), sobre las que ejerce una autoridad que va acompañada, al menos en lo que a las esposas se refiere, de diferentes grados de represión, y por tanto de violencia. Se comprueba que las formas más fuertes de la dominación masculina se ejercen sobre las mujeres que un hombre ha obtenido a cambio de sus hermanas, y por tanto, en el campo de la alianza, es decir, sobre las mujeres con las que puede mantener legítimamente relaciones sexuales (Godelier, 2011 [1982]: 184-185).

Entonces, en general hay un principio de dominación de los hombres sobre las mujeres con las que puede tener relaciones sexuales. Sin embargo, el amor se presenta en dos vertientes: una, en donde las relaciones son positivas y dotadas de universos emocionales de afecto, cariño, ayuda mutua y amor, que se expresan en su mayoría con las mujeres con quienes se tienen vínculos de filiación y con las que no se tie-

nen relaciones sexuales, es decir, no se hace el amor con ellas. En la otra vertiente están las relaciones en las que se manifiestan muestras de cariño y en donde los hombres se mueren de amor por las mujeres que desean, pero en las que también se presentan diversos grados de represión y de violencia. Todo este universo emocional se expresa con las mujeres con las que se pueden mantener relaciones sexuales, es decir, se puede hacer el amor con ellas.

En su etnografía, Godelier nos dota de información que le permite sustentar la existencia irrefutable de competencia, hostilidad, enfrentamiento y violencia entre los sexos, no obstante, señala que la sociedad baruya está lejos de vivir en un *estado de terror o el infierno* (Godelier, 2011 [1982]: 192). Si bien es cierto que existe como institución el dominio general de todos los hombres sobre todas las mujeres, podemos apreciar que resultan muy importantes las relaciones interpersonales entre hombres y mujeres que son muy complejas y contradictorias. Sobre estas relaciones interpersonales el autor nos proporciona ejemplos de ciertas formas de seducción que utilizan las mujeres cuando se sienten enamoradas de algún joven. También nos explica las consecuencias que provoca el que una mujer no se case con el hombre que desea. Abunda:

> De hecho, hay entre los baruya chicas perdidamente enamoradas de un hombre, que se esfuerzan por entrever y cruzarse lo más frecuentemente con él para hacerse notar. Y frecuentemente, el joven, que conoce el interés que suscita en la muchacha, se jacta, se interesa por ella y piensa que una mujer que lo desea con tanto ardor sería una buena esposa. Hay muchachas que obligan a su hermano primogénito a que no las comprometa demasiado pronto y le confiesan estar enamoradas [...por su parte] las muchachas casadas en contra de su voluntad, al no haber olvidado a los hombres que amaban, les hacen proposiciones y entonces surgen los adulterios, los conflictos, los gritos, los golpes y una represión que puede llegar a ser terrible (Godelier, 2011 [1982]: 191). [Los corchetes son del autor del presente artículo.)

Así que el no respetar el amor y el deseo que sienten las mujeres hacia los hombres resulta perjudicial para la sociedad en su conjunto, pues como hemos visto, es causante de conflictos que tarde o temprano pueden terminar en actos de violencia. El asunto de la expresión del deseo amoroso y la seducción no es privativo de las mujeres; el autor nos lo deja ver en las producciones culturales, como las canciones, que los hombres componen, así como en los encantamientos y los hechizos dirigidos al ser amado:

> Se puede, por ejemplo, componer canciones de amor para una bella dama que todavía no está prometida y con la que todos querrían casarse: los jóvenes cantan entonces los

> nombres de los ríos que fluyen por el territorio del linaje de la muchacha, y todo el mundo comprende su mensaje; aunque frecuentemente los varones adultos protestan contra esta presión ejercida sobre una muchacha públicamente. Hay canciones de amor, pero también hechizos eróticos para atraer hacia uno al espíritu de aquél o aquella que se desea (Godelier, 2011 [1982]: 191).

En este contexto resulta muy sugerente el hallazgo que el autor documenta respecto de lo que podemos ver como una especie de ritualidad, que entraña hacer el amor entre un hombre y una mujer. Existe una normatividad con ciertas reglas necesarias para poder practicarlo, pues para ellos hacer el amor, *fait l'amour*, es peligroso y no sólo cuando se hace a escondidas con parejas prohibidas (Godelier, 2011: 31 [1982: 43]). Son numerosas las prohibiciones que pesan entre esposos y tienen dos dimensiones, la espacial y la temporal:

> No pueden hacer el amor cuando es tiempo de roturar o plantar sus jardines, ni cuando es el de cortar la cafia de la sal, o el de matar y comer el cerdo, ni cuando el hombre se va de caza, ni cuando hay que ayudar a la construcción de la casa de los recién casados o a reconstruir la casa de un vecino o la propia, ni en la época de las iniciaciones masculinas o femeninas, etc... Y no es solamente el tiempo, sino también el espacio, lo que se halla marcado por las prohibiciones. No debe hacerse jamás el amor en un jardín, ni en las zonas pantanosas donde abundan los gusanos y las serpientes, ni cerca de los lugares donde habitan los espíritus, cerca de los cementerios (Godelier, 2011 [1982]: 79).

Para los baruya, hacer el amor, el acto sexual en sí, siempre pone en peligro la reproducción de la naturaleza, la vida y la sociedad. Las relaciones sexuales contaminan, pero el peligro emana esencialmente de la mujer, de los fluidos que se vierten o se producen en su vagina, de su sangre menstrual, de sus líquidos y de sus secreciones (Godelier, 2011 [1982]: 30). Un aspecto de suma relevancia que deseo destacar es el poder de las mujeres. Este poder es tal que pueden propiciar la muerte en un hombre por emociones como el temor cuando han sido violadas:

> La más peligrosa de estas prácticas consiste en, tras haber sido obligada a hacer el amor, recoger el esperma que mana de su vagina y arrojarlo al fuego, pronunciando en secreto una fórmula mágica. Si el hombre la oye, o se entera, sabrá que está condenado a muerte, y, de hecho, se morirá, o de miedo o por inanición (Godelier, 2011 [1982]: 181).

Estos conjuros muestran el poder de la palabra de las mujeres agraviadas; ellas tan sólo con sus discursos y sus actos mágicos pueden matar a los hombres de miedo y de hambre.

Para el autor, la mujer pone en peligro el orden social de dos formas. Una es por el flujo de su sangre menstrual, que atenta contra la virilidad del hombre, y que como consecuencia pone en riesgo el dominio masculino sobre la sociedad, y la otra, mediante su sola existencia como mujer; su sexo y el poder mágico que porta pueden arruinar los esfuerzos de su aldea para producir los elementos materiales de su sobrevivencia.

En ese contexto, hacer el amor implica siempre un riesgo que se aminora al acatar ciertas reglas y obligaciones antes de hacerlo. Es por ello que deben suspender por un tiempo determinado todas sus actividades antes y después de hacer el amor:

> Es preciso elegir el momento, quedarse en casa cuando el resto de la aldea se va a trabajar a los campos; en suma, es preciso aislarse de la sociedad sirviéndose de ella, puesto que se hará saber discretamente a la madre o a una hermana de la esposa que deberá dar de comer esa tarde a los cerdos (Godelier, 2011 [1982]: 81).

Indudablemente, de alguna manera en todas las culturas suspendemos el mundo inmediato para hacer el amor. Sin embargo, estas prácticas de los baruya nos dejan ver claramente en ellos una dimensión ritual que consta de tres momentos: una separación que implica un periodo liminal, el acto de hacer el amor y, posteriormente, un tiempo de alejamiento de la pareja antes de regresar a la normalidad, hay una percepción de contaminación y necesitarán tiempo para reincorporarse a la sociedad sin causar daño (Turner, 1988 [1969]).

Por otra parte, a propósito del peligro, también Godelier nos habla sobre el suicidio por amor, y nos deja ver que este acto se considera como la mayor prueba de amor; el privarse de la vida es resultado de la pérdida de la pareja amada y nos da dos ejemplos: en uno es la consecuencia del suicidio del ser amado, en otro del asesinato del esposo.

> Quizá la mayor prueba de amor sea el suicidio de una mujer, que decide seguir a su esposo hacia la muerte. Al menos conozco dos ejemplos. Se había suicidado un hombre; su mujer, que lo buscaba por todas partes, lo halló colgado de uno de los árboles de su campo y enseguida se ahorcó junto al cadáver de su marido. El otro caso es el de la esposa del hijo de Warineu, a quien he dedicado este libro. No quiso sobrevivir a la muerte de su marido, alcanzado, según se dijo, siendo muy joven por una flecha de un yimaka, y se ahorcó. El suicidio no sólo es un medio de vengarse de la dominación masculina, sino también la expresión de la desesperación amorosa. Y su reverso, el crimen pasional, tampoco es desconocido entre los baruya (Godelier, 2011 [1982]: 192).

Una primera conclusión que se puede desprender a partir de lo que

Godelier documenta, es que el amor está ubicado en el mismo origen mítico de los baruya. El amor puede ser visto al menos desde dos ángulos: por un lado, el que se expresa con las mujeres con las que no se puede hacer el amor y en donde los vínculos son de afecto y ayuda, y por otro, con las que se puede hacer el amor y se enmarca como parte de un sistema en el que es regulada la sexualidad.

En ese contexto, hacer el amor es peligroso. Entonces, el amor tiene propiedades ambivalentes donde dicho sentimiento puede resultar peligroso pero necesario para la reproducción de la familia, la vida y la sociedad. Ejemplos de ello son el poder de las mujeres, quienes pueden propiciar la muerte con sus hechizos por venganza al haber sido obligadas a hacer el amor, o bien, por lo que ha denominado el autor como la mayor prueba de amor que es el suicidio, que involucra un sentimiento de desesperación.

ATISBOS ANTROPOLÓGICOS

Nuestros antropólogos documentan que el amor en todos los casos, aun cuando posee un vínculo con el acto sexual, no se reduce a ello. Para los autores, el amor es algo bueno y está signado con una valencia positiva. Sin embargo, también para los autores tiene su lado opuesto y dotado de valencia negativa; puede ser un tormento corporal y espiritual; logra ser contradictorio al expresar ternura y violencia a la vez; puede ser peligroso para la sociedad; e incluso lleva a la muerte por el crimen pasional, la venganza, el incesto o el suicidio.

También los registros antropológicos de estos autores revelan que las expresiones de amor documentadas en diversas culturas, sorprendentemente, son similares, no sólo entre ellas, sino con las concepciones occidentales de las que provienen los antropólogos. Así, para ellos el amor involucra al placer, que está hecho no sólo de lo pasional y sexual, sino que puede ser *lúdico* y *sentimental*. Aunado a ello, también resultaron ser semejantes sus traducciones, descripciones e interpretaciones de los actos amorosos, pues incluyen cariño, risas, alegría, jubilo, apego, ternura, excitación, caricias, ayuda, camaradería, solidaridad, gratitud, aprecio, simpatía y respeto. Cabe señalar que estos universos emocionales que sostienen al amor no son muy diferentes de los occidentales en la actualidad (Calderón, 2021).

Deseo hacer notar que los cuatro autores referidos nos permiten develar que el amor resulta fundamental en las culturas que estudian: es producto del proceso evolutivo que hace posible el orden social para Durkheim; se encuentra en el origen mítico de la sociedad para los baruya; afecta de forma vital a los trobiandeses; y es muy valorado, regulado y distribuido dependiendo del lugar ocupado en la estructura política y social de los nambikwara.

En estos atisbos podemos percatarnos de que las mujeres *tienen poder*; uno muy importante es el de las baruya, quienes deciden a quién amar y con quién vivir; pueden matar a los esposos a través de sus palabras, sus conjuros y sus fluidos. Su sexo tiene un poder mágico que puede llevar a la ruina a la sociedad. Entre los trobiandeses, los hombres utilizan la magia amorosa que va dirigida al vientre de la mujer para conquistarla; los hombres también son quienes les ofrendan regalos como signos de gratitud y aprecio a ellas; cuando se comete incesto, el castigo es auto infringido por el hombre, que lo lleva hasta el suicidio, mientras la mujer le sobrevive y finalmente celebra su matrimonio prescrito y es feliz.

Entre los nambikwara, el poder de las mujeres se encuentra en su potencialidad de amor y ello se muestra en la poligamia, que hace posible la vida del grupo gracias al amor que proporcionan al jefe.

Debe precisarse que, también, en todos los casos aparece la relación entre *parentesco* y *amor*, en donde la mujer juega un papel fundamental. Lévi-Strauss, en *Antropología estructural*, señala que los sistemas de parentesco y las reglas de matrimonio deben ser vistos como lenguaje, es decir, como un conjunto de operaciones que aseguran la comunicación entre los individuos y entre los grupos. En ese contexto, al hacer referencia al intercambio de mujeres que es necesario para el establecimiento del matrimonio y el funcionamiento de los sistemas del parentesco, el antropólogo francés señala que debemos recordar que las palabras son signos que portan también valores, pero a diferencia de las palabras, los grupos sociales consideran a las mujeres como valores de un tipo *esencial*, que se integran a sistemas significativos y no pueden ser vistas como objetos, tal como algunas críticas feministas lo interpretaron.

Por lo tanto, las mujeres no sólo son signos, sino que son también productoras de signos, por lo que no son meros símbolos que pueden ser asumidos como fichas (Lévi-Strauss, 1992 [1958]: 103). Entonces, puedo decir que las mujeres no juegan el papel de elementos en un sistema de signos, sino que son las productoras y las reproductoras de los sistemas de signos y de símbolos, es decir, entiendo que para que exista el intercambio de signos y de valores debe haber mujeres que los produzcan y los reproduzcan. Así, ellas son no sólo portadoras de valor, sino productoras y reproductoras de valor. Todo valor para serlo requiere de la simbolización, es decir, de la interiorización y el aprendizaje.

He postulado en otro escrito que todo proceso de simbolización requiere de la dimensión afectiva y que es en la infancia cuando aprendemos a diferenciarnos, a nombrarnos, a clasificarnos, a identificarnos, a comunicarnos a través de esos signos y símbolos cargados de afectos y cernidos por universos emocionales.

Lo anterior no es un asunto menor, pues si las mujeres ocupan un lugar tan importante entre los baruya, nambikwara y trobriandeses, esto se explica, desde mi punto de vista, por lo que ahora podemos nombrar como la *potencialidad del amor* que portan las mujeres y que hace posible los vínculos, el intercambio y la vida en sociedad.

Dicha cualidad esencial y única en cada mujer o sujeto que cumpla la función materna, virtud común en todas las mujeres, pero al mismo tiempo singularísima e irrepetible en cada una de ellas, es la que posibilita los vínculos y la creación de personas; esta virtud constituye lo que ahora podría denominar como *el máximo valor*, que es el que hace que las mujeres *se den* —ellas mismas en la acepción más de ofrenda y de regalo—; en sentido estricto son un don, diferente a como lo postula Mauss (1971); son mucho más que un intercambio en términos económicos y eso es lo que nos permite abrir una veta para un análisis mayor.

A esta altura de la indagación estamos en condiciones de proponer que, en esencia, el amor podría tener componentes y prácticas similares en todas las culturas, donde hay prescripciones, restricciones y prohibiciones estructurales. No obstante, como las culturas son diferentes, son diversas las reglas y las clasificaciones particulares aplicadas a las personas permitidas o prohibidas para la vivencia y la práctica del amor. Es en la cultura donde se ponen en juego las prescripciones, las restricciones y las prohibiciones. Estos atisbos, que habían permanecido inadvertidos hasta ahora, permiten confirmar que el amor hace parte del universo mayor que en otro trabajo he denominado *dimensión afectiva* (Calderón, 2012).

Deseo terminar con lo que en 1949 Lévi-Strauss narra al final de su obra *Las estructuras elementales del parentesco*, que son hermosos fragmentos de un canto que analiza y que nos permite pensar el amor.

> Entonces todo matrimonio es un encuentro dramático entre la naturaleza y la cultura, entre la alianza y el parentesco. "¿Quién entregó a la novia? —canta el himno hindú del matrimonio— o ¿a quién la entregó?" Es el amor quien la entregó, es al amor a quien fue entregada. El amor dio, el amor recibió. El amor llenó el océano. Con amor yo la acepto. Amor, "que ella te pertenezca". Así, el matrimonio es un arbitraje entre dos amores: el amor familiar y el amor conyugal; pero ambos son amor y en el instante del matrimonio, si se considera ese instante como aislado de todos los otros, ambos se encuentran y se confunden, "el amor llenó el océano" (Lévi-Strauss 1991: 567).

El canto y el análisis anterior, así como el desciframiento y *traducción* que nos han dejado entrever nuestros antropólogos, nos permite inaugurar indagaciones que tienen que ver con el lugar que

ocupa el amor, no sólo en todo matrimonio, sino en el establecimiento del parentesco y, por ende, en el advenimiento de las sociedades y de las culturas en la actualidad.



Figura 1. "Yo veo un corazón", 18 de noviembre de 2023, Ajusco, México. Foto de Edith Calderón Rivera.

BIBLIOGRAFÍA

Bauman, Zygmunt (2003), *Amor líquido. Sobre la fragilidad de los vínculos humanos*, Barcelona, Paidós.

Calderón Rivera, Edith (2012), *La afectividad en antropología: una estructura ausente*, México, ciesas/uam-I.

_____ (2017), "El papel de la dimensión afectiva en la adquisición del lenguaje materno", *Alteridades*, vol. 27, núm. 53: "Afectividad y construcción de sentido", pp. 11-22.

_____ (2021), "El amor en tiempo de pandemia", en C. Terán, J. Osorio y S. Comboni (coords.), *La pandemia: miradas sociológicas*, México, uam-X, pp. 92-115.

Durkheim, Émile (1973 [1893]), *La división del trabajo social*, Buenos Aires, Schapire Editor.

_____ (1999 [1897]), *El suicidio*, México, Ediciones Coyoacán.

Frazer, James (1992 [1922]), *La rama dorada. Magia y religión*, México, fce.

_____ (1995 [1922]), "Prefacio", en Bronislaw Malinowski, *Los argonautas del Pacífico Occidental. Comercio y aventura entre los indígenas de la Nueva Guinea Melanésica*, Barcelona, Península.

Godelier, Maurice (2011 [1982]), *La producción de grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los baruya de Nueva Guinea,* Madrid Akal [*La production des grands hommes. Pouvoir et domination masculine chez les Baruya de Nouvelle-Guinée*, París, Fayard, 1982].

Lévi-Strauss, Claude (1971 [1962]), *El totemismo en la actualidad*, México, fce.

_____ (1983 [1971]), *El hombre desnudo*, México, Siglo xxi.

_____ (1991 [1949]), *Las estructuras elementales del parentesco,* Barcelona, Paidós.

_____ (1992 [1958]), *Antropología estructural*, Paidós, Barcelona.

_____ (1994), *Saudades do Brasil*, París, Plon.

_____ (1998 [1955]), *Tristes trópicos*, Paidós, Barcelona [*Tristes tropiques*, París, Librairie Plon].

Luhmann, Niklas (1985 [1982]), *El amor como pasión*, Barcelona, Península.

Malinowski, Bronislaw (1975 [1932]), *La vida sexual de los salvajes del noreste de la Melanesia*, Madrid, Ediciones Morata.

_____ (1986 [1922]), *Los argonautas del Pacífico occidental. Comercio y aventura entre los indígenas de la Nueva Guinea Melanésica*, Barcelona, Planeta-Agostini.

Mauss, Marcel (1971 [1950-1966]), *Sociología y antropología*, Madrid, Tecnos.

Nussbaum, Martha C. (2014), *Las emociones políticas. ¿Por qué el amor es importante para la justicia?* Barcelona, Paidós.

Olavarría, María Eugenia (2012), *Lévi-Strauss*, México, uam.

Turner, Victor (1988) [1969]), *El proceso ritual*, Madrid, Taurus.

Segato, Rita Laura (2003), *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

Singer, Irving (1992a [1966]), *La naturaleza del amor,* vol. 1: *De Platón a Lutero*, México, Siglo XXI.

_____ (1992b [1984]), *La naturaleza del amor,* vol. 2: *Cortesano y romántico,* México, Siglo XXI.

_____ (1992c [1987]), *La naturaleza del amor*, vol. 3: *El mundo moderno,* México, Siglo XXI.